

Travesía:
De un mundo
de colores
al asfalto y
la selva de cemento



Por: Ana Magnolia Castellanos

La paleta de colores cambia y así como cambia el color, cambia la vida. Una travesía, larga travesía, por entre las montañas hasta encontrar el pavimento. Y a medida que se avanza no sólo se deja el verde del campo, el rojo de los frutos, el amarillo de las flores, el azul del mar y el firmamento. Se deja el traje y el vestido. Se despoja, a la fuerza, del calzado y del sombrero, del colorido accesorio. Con ellos se van dejando trozos, grandes trozos de vida; la infancia que alegre recorrió los verdes campos tras las ranas, los pájaros o los caballos, tras los becerros para el encierro, tras las gallinas del patio. Se dejan los bellos momentos compartidos con los amigos junto al mar o el río, los encuentros con la familia. Todo se va quedando atrás como cuando se pasa una página de un libro: en un instante.

Un primer cuadro lleno de colores vivos, cálidos, alegres. Hay mar, ríos, árboles, flores y frutos; la vaca, las gallinas, los corderos; los amigos. Surcan el firmamento alegres aves.

- ¡Qué paisaje tan bonito! ¿Qué has pintado, Hernando?
- Mi pueblo en Córdoba, donde vivía. Estoy con mis amigos montando a caballo. Me encantaba en la tarde ir con ellos a dar paseos, o a jugar fútbol.
- Y tú, Patricia, ¿qué lugar pintaste?
- (Suspiro) Mi casa en Tolima; teníamos gallinas y mi perrito Piolín, que lo tuvimos que dejar abandonado.

Las narraciones continúan con entusiasmo: “es el río en Cartagena del Chairá, allá nos reuníamos con los amigos y hacíamos convites, cada uno llevaba algo para el almuerzo; las mujeres preparábamos la comida y los hombres buscaban leña. Nos bañábamos toda la tarde en el río”... Mientras Helena cuenta esto, se transporta: sus ojos brillan, con el brillo de la felicidad, evocando los mejores momentos de su vida, y su rostro refleja una paz y una plenitud que no había visto hasta ahora en ella.

En cada escena hay vida, alegría, entusiasmo, energía y furor. El color permite percibir el calorcito del afecto y la efusividad con que la vida transcurre en tan paradisíacos lugares. Qué alegres momentos con la familia o los amigos, en aquel ambiente sencillo, campesino.

El cuadro transmite tranquilidad, ingenuidad en la composición de colores, de formas, de dibujos de trazos infantiles; en el esfuerzo se plasma, al querer traer hasta aquí, en este momento, el paisaje, el conjunto de montañas y de valles, el mar y la playa con sus bañistas prendidos a ellas como aplicaciones, el río adornado en la ribera por árboles frutales. Los niños junto a sus animales domésticos: las ovejas, las vacas, las gallinas; pareciera que dialogaran juntos personas y animales. Allá va un joven con un caballo rienda en mano, con tal tranquilidad de ambos, como si les pertenecieran por completo el tiempo y el espacio.

Todo esto es armonía, la que se tuvo en ese escenario de tierra que no solo fue un espacio físico donde transcurrió la vida, sino parte orgánica de la vida, como es parte de la vida la mano, el ojo o el oído, pues ellos permiten la comunicación e interacción con el cosmos. Así el lugar y el territorio donde se crece son órganos que permiten captar y relacionarse con el universo.

Ante el segundo cuadro afirma un joven estudiante espectador: “Eso parece lava”... Sí, es el fuego devorador que lo ha consumido todo, quizás acrisolando para reiniciar la vida... Entre cálidos y grises colores los “sin rostro” atropellan a quienes antes han llenado de color los campos, de alimento y de vida. Se inicia la huida en una pérdida total, para sumirse ahora en el anonimato que desdibuja, que esconde la tragedia de estos que ahora parecieran carecer de rostro. Se habla de ellos en abstracto: “los desplazados”, allá distantes, ajenos, quién sabe de qué patria...

- *¿Qué pintas Fanny? ¿Por qué una casa en llamas?*
- *Es cuando se quemó mi casa de Cajibío*
- (en el Cauca). (Un silencio pesado).

La elocuencia del dibujo y la gravedad de Fanny al realizarlo bastan para que me recorra un frío por todo el cuerpo. Su pintura es una puerta en el tiempo y el espacio, que, de manera intrusa, me lleva hasta aquel momento siniestro, y entonces sé de la vida de esta niña caracterizada por ser lacónica y por la tristeza de su mirada. La veo huyendo de su casa sumida en la angustia, sin poder traer nada consigo, corriendo en una carrera que se olvida de todo, que pierde hasta la conciencia de sí misma, para, por instinto, poner la vida a salvo. Qué confusión, qué caos, qué desconcierto. El corazón a punto de estallar resuena por todo el ser como un tambor enloquecido anunciando el peligro. La carrera parece no terminar (y aún no ha terminado), los pies avanzan y avanzan y no se siente que por fin se esté a salvo. ¡Cuándo terminará la huida!

Y regreso. Fanny está aquí, pero incapaz de hablarle por un nudo que me atasca la garganta, sólo atino a mirarla con otros ojos, y habiendo compartido ese momento de su vida, la siento más cercana. Deja de ser la estudiante “Y” de la lista, para reconocerla como la persona con un pesado bagaje de vida. Luego de haber compartido su pintura la puerta ha sido abierta y puedo preguntar ahora dónde vive, con quién. Esto me lleva a descubrir otra maraña...



En una casa, a través de la ventana, dos niños con sus padres miran a los hombres que con armas en sus manos exigen que abandonen el campo. Hay lágrimas en los ojos de los pequeños. Las gallinas y el perrito que antes merodeaban en torno a la casa han desaparecido; las vacas presienten la angustia de la fuga, desde su corral; todo es silencioso como si el cosmos pudiera advertir la desazón de la tragedia, como si todo al tiempo se sumiera en la oscuridad de una noche que parece interminable.

Va con su equipaje la niña que antes jugaba en el río. Todo es desolación, en un brusco contraste de situaciones. Ayer jugaba con sus amigos, hoy todos se han ido y también ella debe empezar el angustioso éxodo ante un panorama que no promete demasiado.

Cada rincón emerge desolado y pareciera que las grises casas quisieran gritar su triste abandono. ¡Cómo extrañan a sus moradores! Las paredes son más frías y más débiles las puertas; ya nadie mira a través de las ventanas. La puerta de la Iglesia, abierta de lado a lado, deja imaginar que hasta Cristo huyó vertiginosamente tras sus creyentes, en el momento del apocalipsis.

Ya no hay aves, ni corderos, ni caballos; solo bestias... fieras... Tristes testigos, la palmera y el árbol del parque. ¡Ay!, si pudieran hablar, no solo llorarían, sus gemidos resonarían montaña tras montaña.

Y la paleta cubre el lienzo de gris, como la adversidad ha cubierto de un tono lúgubre el alma. Con el frío del azul se avizora la ciudad como destino de la flota proveniente del pueblo. Por edificios y calles, perdidos entre el asfalto y la selva de cemento, niños y jóvenes, padres y madres permanecen de pie con su equipaje. Sus blancos rostros están petrificados de frío. El de la desolación, el del olvido, el de la angustia, el de la muerte y el peligro.

Un solitario joven en medio de la calle mantiene asido su equipaje: un maletín y una jaula con un loro. La mascota no ha dejado de ser compañera de vida, de trasegar, de fatigas y de luchas. Aún en su cabeza permanece el sombrero *vueltiado*, y el eco del vallenato que resonará por siempre en sus oídos. Aparece expectante: y, “¿Ahora qué vendrá? ¿Dónde iremos mi loro, mi vallenato y yo?”. Nada más cabe esperar a que la adversidad vaya cediendo ante la novedad.

En la esquina del cuadro hay un par de niños con sus maletas. En efecto, son extraños ante el paisaje citadino; su traje no es el adecuado para la ciudad, ni su ademán, ni su postura. Transmiten el miedo de llegar a un lugar desconocido, así tan de repente, sin tener tiempo siquiera de preparar la salida y la adaptación a

un “nuevo hogar”. Están solos, ¿quién los alojará? Vienen cansados, agobiados, con frío y hambre. ¿Hacia dónde irán? ¿Seguirán siendo niños? Pues, a veces, la tragedia suele llevarse la infancia consigo.

Al otro lado de la calle, una joven solitaria proyecta el desconcierto, pareciera que esperara a alguien. ¿Viene de paseo? ¿De vacaciones quizá? Llega a reiniciar la vida, a descubrir un mundo diferente, a encontrar nuevas personas, a tratar de hacer amigos que quieran compartir el convite o jugar con ella a “las cogidas”. ¿Los encontrará?

Ascendiendo la calle, una familia permanece tomada de la mano. Fueron arrojados de tal modo en medio de la ciudad. Ya les quitaron todo: su vivienda, sus tierras, sus animales, su mascota, ¿Qué más les podrán quitar? Se sujetan de las manos para que el afecto, las personas amadas no se las puedan arrebatar. Empieza otro recorrido hacia las montañas de la ciudad, pero están juntos y unidos más que nunca, eso basta para juntar suficiente energía y continuar la vida, y ascender a buscar un nuevo lugar donde sembrar su hogar.

Las calles se cruzan, los edificios se levantan elevándose por sobre las personas, los árboles y hasta las montañas, y aunque la calle es ruidosa el panorama urbano es sigiloso, con el silencio de la indiferencia. Cambia el paisaje: del verde de la pradera, al gris del asfalto; del azul del río del pueblo, al fondo oscuro del caño urbano; del colorido de las casas rurales, a los blancos y alargados edificios; del cálido pelaje de las mascotas, al áspero metal de los vehículos.

Aparece por fin un movimiento menos frío del color. En el patio del colegio unos chicos juegan, otros se encuentran, allá otros conversan alegremente. La vida se va reconstruyendo en el lazo de la amistad, en el afecto del camarada de juegos y de charla, en la acogida de los que no les interesa de dónde tú vengas.

En el ambiente escolar aparece el espacio que facilita erigirse nuevamente, reencontrarse, a partir de la confrontación con otros que han vivido grandes dificultades, quizá de otra manera, o quizá han tenido una vida tranquila, y brindan su cálida mano amiga y se convierten en cayado donde apoyarse para caminar con firmeza. Se comparten sueños, ilusiones, metas, y por ello se empieza a soñar de nuevo. Aún es posible construir la vida con grandeza. Se cree nuevamente en sí mismo y se advierte que no se está solo, que hay mucho por andar, por descubrir, por emprender.

Se retoma la vida para continuarla, en palabras de María Elena Walsh “cantando al sol como la cigarra, después de un año bajo la tierra, igual que sobreviviente



que vuelve de la guerra...” Y sin miedo, se puede verter hacia los otros la propia individualidad. Se aprende que ante la tragedia nos sumimos en el dolor, la angustia, hasta el desespero, pero siempre hay modos de levantarse, reiniciarse, descubrir nuevos talentos y capacidades en sí mismo, y así continuar la vida con entusiasmo renovado.

En el rodar del balón de micro se van tejiendo nuevos afectos de amistad; en su va y viene, lleva y trae en un común dialecto la misma energía, la misma infantil intención de pasar momentos alegres, extrovertidos, de juegos y camaradería. La misma ilusión de tener un vida feliz, de encontrar la acogida sencilla y desprevenida de sus compañeros, de continuar una andadura hacia adelante aliviando el equipaje de memoria al constatar que es posible reconstruirse: sumirse en el dolor, en el fondo oscuro de la tragedia, y de repente encontrar la luz de un nuevo día, de nuevos modos de continuar soñando, cantando, jugando, y hasta bailando, porque se pueden descubrir otros motivos de alegría.

El amigo que se ha encontrado es una puerta para auto redescubrirse. Entonces se acude a fuerzas que antes no se habían advertido, y posibilidades que no se habían contemplado, y proyectos que no se habían trazado. Y con todo ello junto se hace una nueva composición, el quinto cuadro, que apenas se está bosquejando, del que tan solo se empieza a hacer el boceto; el nuevo Hernán, la nueva Fanny, la Patricia de ahora, la Helena que ha encontrado nuevos juegos, los que tienen metas y trabajan por ellas. El quinto cuadro de colores brillantes, con árboles y flores, arroyos cristalinos, frutos y aves surcando tranquilamente el fir-

mamento. El cuadro de figuras hermosas donde la metáfora expresa la armonía y la sintonía con el entorno.

Hasta aquí la travesía, para pintar de colores el asfalto y el cemento. Para colgarle flores y frutas a los edificios. Pegarle pieles a los viejos buses (y al Transmilenio), inventar ríos en los parques para jugar con los amigos, para hacer pájaros de papel y enviarlos al firmamento con nuestros sueños, pues “cuando los sueños vuelan, quizá se hagan realidad”, hay que dejarlos volar.

- *De hecho, la obra tiene un conflicto, la obra está llena de conflictos. Más que desplazamiento, habla de un clamor por la inclusión, es un grito por la inclusión, por parte de nosotros, porque nosotros siempre hemos sido excluidos. Veo en la instalación elementos como la escuela. Casi todas las obras son un espacio que muestra lapsos de tiempo, transcurso del tiempo, lapsos de dolor, pero nunca creo que ha habido una calma, siempre ha habido en la obra una tensión muy fuerte que degenera en un conflicto.*
- *Expresa el contexto de los niños de cada colegio, porque no son los mismos, cómo ven la situación del desplazamiento y su situación en el colegio, y por otro lado se ve la expresión de los profesores frente a eso, que es una interpretación de terceros.*
- *Uno ve que a veces son conceptos antagónicos que generan muchas tensiones, está el arraigo y el desarraigo, como la vida y la muerte, como la esperanza y la desesperanza, son conceptos que generan sentimientos encontrados, polarizados. Es la polarización del mismo conflicto armado.*
- *Es una obra hecha por pedagogos, pero no es exactamente pedagogía, porque no tenemos una pretensión de enseñar, y porque no teníamos un afán de mostrarle a los demás cómo se hace para trabajar con los niños, no teníamos ese afán que tenemos a veces de producir cosas, de mostrar productos. Como un show, el show de querer justificar un trabajo, unos recursos, sino que tiene un carácter más político, y que revela un concepto más real. Se mostró a las instituciones en su periferia.*

